

Desde don Francisco de Llano hasta 1983

Por Antonio PEREIRA

Foto: Cela

El maestro Marv, o sea Sindo el Cartero, pues en Villafranca se entiende muy bien que el director de coro o rondalla reparta las cartas, lo mismo que un insigne pintor puede hacer dulces y un poeta (modesto) vender foucios para la siega y navajas para la vendimia. Gumersindo, digo, me alaba que últimamente estoy volviendo más al redil. Y lo mismo me dice Gelo el de la imprenta. No se refieren mis paisanos a la presencia literaria, que no creo haber descuidado nunca, sino a que, con los años, los versos y las prosas parece como si no me bastaran y necesitase respirar el aire del lugar y que el sonido de las pisadas sobre la tierra y sobre las losas me desengae de tantos exotismos por donde anduve perdido.

Será verdad. Yo no voy a entrar en la cuenta exacta. Pero ahora mismo, cuando escribo para las páginas pregoneras del periódico, me gustaría saber con certeza que además de repicar a la procesión con estas líneas, podrá estar de cuerpo entero en las filas de la procesión... Y en los demás festejos «religiosos y profanos», como andaba impreso en el elegante papel cuch de los programas. El tropezarse con aquellos folletos es recorrer una larga crónica donde sólo cambiaba cada año la banda de la música y el nombre de la chica: la belleza local, la forastera de turno...

A finales del siglo XIX, la dama de las fiestas del Cristo para un joven poeta se llamaba María Junquera y Bueno. Yo la conocí cuando era una señora delicada y grácil que pasaba por los puentes como empujada por una brisa a su medida, aunque fuese un día en que no se moviera una hoja. Ahora, además de recordarla, me gusta revivir el memorial del Cristo que se escribió para ella, pero que el enamorado autor, don Francisco de Llano y Ovalle, quiso dejarnos de regalo nada efímero en las páginas de su *Flores del Bierzo*. Yo acudo mucho a una idea de Faulkner sobre las razones de la literatura, y no creo pedante traerla a unas cuartillas que se destinan a un pueblo culto: «La finalidad de todo artista es detener el movimiento, que es la vida, y mantenerlo fijo de suerte que cien años después, cuando un extraño lo contemple, vuelva a ponerse en movimiento en virtud de que es vida.» Gracias a que don Paco Llano -con la abreviación que el cariño nos permitía- decidió dejarnos su obra, hoy podemos revivir el encanto finisecular de unas fiestas que algo (no mucho) habrán

ido cambiando, lo mismo que fue transformándose aquel lenguaje romántico e idealista que las describía. Así podemos asociarnos al tiempo preparador en «una muy solemne novena, con rosario, gozos cantados, y música de armónium y cuerda». La Misa mayor era cantada, pero no una misa cualquiera en el orden musical sino «elegida entre las de los más famosos compositores, y grande orquesta». Había «grande y ostentoso paseo, donde se echa el resto y exhibe lujo, por las clases todas, desde las más encopetadas a las más humildes (si no en virtud en fortuna)». Y la función dramática o la zarzuela, los bailes de las sociedades recreativas; incluso las corridas de toros, nunca enraizadas del todo. Pero nada más espectacular que la noche de la víspera, o sea la del jardín, sobre la que bien merece alargarse la cita: «Todo él, aparece espléndidamente iluminado por millares de faroles blancos, formando preciosos candelabros, que juntamente con las caprichosas arañas que cuelgan del techo en trecho sobre aquellos pintorescos salones, forman en conjunto



una iluminación de las más bellas en perspectivas. Igualmente en la fachada del templo lucen caprichosas iluminaciones de farolillos de colores y luz eléctrica, con sumo gusto dispuestas; dando todo ello al espacio una tan radiante y vivísima claridad, cual si fuera día. Las muchedumbres del paisanaje, del pueblo y del señorío, invadiéndolo por todos lados, ávidas de presenciar la fiesta. Los coros de baile campestres, en unos sitios y en otros, al son de gaita, tamboril, flautas y panderetas. EL prolongado y vistosísimo paseo de señoras y caballeros, por las carreras o calles de árboles, de elegante porte ambos sexos. La selecta banda de música, sobre alzada tribuna en lugar oportuno...»

Y así nos gustaría seguir, a través de una frondosa descripción que recorre bastantes páginas. Pero en fin, y ya nuevamente con palabras propias, quisiéramos terminar parados en un momento de las fiestas, el más intocable, el que sigue copiándose a sí mismo desde entonces (y desde antes) hasta nuestro 1983. Es cuando el Cristo aparece en el pórtico de San Nicolás y empieza a bajar hacia la calle, hacia la gente, con gigantes por delante y el volteo de las campanas, las bombas de gran palenque. Si el poeta de la calle de San Salvador levantara la cabeza el próximo día 14, apenas encontraría cambios como no fuese la anécdota pasajera de lo indumentario. Y yo creo que si nuestro gusto nos lleva una vez más a vivir contándolo. Para que en el año 2083 se sepa, como pretende Faulkner, que don Paco Llano y nosotros «hemos estado aquí».